

Evangelismo Reformado:

Observaciones de las conversiones del libro de Hechos

Por Wilbur Madera

La práctica evangelística común

La práctica popular evangelística de las iglesias que he conocido desde niño, pone un énfasis especial en la frase “aceptar a Cristo como Salvador y Señor”. En la práctica, esta frase quiere decir que la persona hace una oración (la oración del pecador) en la que arrepentido, pide perdón por sus pecados e invita a Jesús a entrar a su corazón. Esto, de hecho, se considera como la conversión. Se enfatiza, desde luego, la fecha en la que se hizo esta oración como el día en que se experimentó el nuevo nacimiento. Se enseña a las personas que fueron salvas a partir de esa fecha y de esa oración.

Siguiendo este tipo de mentalidad, se usan métodos de persuasión y, a veces de manipulación, con el fin de que la persona realice este procedimiento. Una vez que se logra sacar de la boca de las personas dicha oración, el evangelista descansa en paz porque piensa haber cumplido la gran comisión. Si la persona no decide “aceptar a Cristo” siguiendo este medio, es considerada por algunos como un caso perdido.

Como se podrá observar, el sustento teológico detrás de estas prácticas populares es el concepto arminiano de la conversión y el nuevo nacimiento. Según esta postura teológica, la caída no afectó la voluntad humana, de tal modo que la persona, intrínsecamente, tiene la capacidad espiritual para responder con arrepentimiento y fe a la proclamación del evangelio, y en consecuencia, experimentar el nuevo nacimiento. Si bien es cierto, que la experiencia aparentemente confirma que así suceden las cosas, debemos recordar que nosotros, como reformados, tenemos otro concepto de la conversión y el nuevo nacimiento, y que éstos, deben reflejarse en los modos y formas en que cumplimos la gran comisión.

La Teología Reformada enseña que la regeneración o nuevo nacimiento antecede a la conversión. Es decir, que por una obra interna e invisible al ojo humano, el Espíritu Santo primeramente nos da nueva vida, para que luego podamos responder en arrepentimiento y fe a la predicación del evangelio. Sin este antecedente, el hombre sin Cristo está imposibilitado de convertirse al evangelio. Sale de los fines de este artículo demostrar este hecho bíblico. Por lo tanto, asumiremos que esta es la enseñanza de la Biblia, y les refiero a las Teologías Sistemáticas de Berkhof, Hodge, Boice, Sproul, y otros teólogos reformados para encontrar una explicación amplia.

En términos generales, pareciera entonces, que las iglesias reformadas no hemos estado practicando un modo evangelístico que sea compatible con nuestra teología de la conversión y el nuevo nacimiento. Cuando tratamos de forzar una conversión a través de sentimentalismo, presión, manipulación, y prácticas semejantes, no parece que estemos creyendo que el Espíritu Santo es el que obra internamente en el incrédulo, quitando la venda de los ojos, convenciéndole de su pecado y haciéndole entender las maravillas de

la gracia de Dios; en fin, habilitándolo y equipándolo para responder con arrepentimiento y fe.

Conversiones en el Libro de Hechos

Por todo lo anterior, es conveniente que consideremos la enseñanza del libro de los Hechos. Cuando observamos con detenimiento las conversiones registradas en ese libro de la Biblia, notamos puntos muy importantes que confirman la postura reformada y nos dan pautas para nuestra práctica evangelística.

El capítulo 2 registra el famoso discurso del apóstol Pedro del día de Pentecostés. Después de que Pedro presentó a Jesús crucificado y resucitado como Señor y Cristo conforme a las Escrituras, la gente respondió de una manera sorprendente: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (v.37). Pedro, les respondió llamándolos al arrepentimiento del pecado y a la fe en Jesucristo.

El capítulo 8 nos habla de la experiencia de Felipe con el eunuco etiope. Instado por el Espíritu Santo, Felipe se acercó al carruaje en el que venía el etiope leyendo una porción del profeta Isaías. Felipe le anunció el evangelio de Jesús partiendo del pasaje que el eunuco estaba leyendo. Al llegar a un lugar donde había agua, el eunuco le dijo a Felipe: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?”. Felipe le contestó que si creía con todo su corazón bien podía ser bautizado. El eunuco profesó públicamente su fe y fue bautizado.

La dramática conversión de Saulo de Tarso se registra en el capítulo 9. Lleno de ira contra los cristianos y celo por el judaísmo, Saulo se dirigía a Damasco a seguir con su misión en la vida: acabar con los seguidores de Jesús. En el camino tuvo un encuentro sobrenatural con Jesucristo en el que finalmente preguntó sumiso: “¿Qué quieres que yo haga?”. Después de haber estado ciego por unos días, recobró la vista y fue bautizado por medio del ministerio de un discípulo llamado Ananías. Al poco tiempo, encontramos a Saulo predicando acerca de Cristo en las sinagogas de la región y posteriormente, llegó a ser conocido como el incansable Pablo, apóstol de los gentiles.

En Hechos 10 se encuentra la conversión de Cornelio y toda su casa. Por instrucciones divinas, Cornelio hace traer a Pedro a su casa. Pedro, por su parte, aunque con un poco de incertidumbre, obedece a la comisión. Al llegar, Cornelio lo recibe con estas palabras: “Envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado” (v. 33). Pedro comenzó a hablarles de la muerte y resurrección de Cristo y de la necesidad de creer en él para perdón de pecados. Aun estaba Pedro hablando cuando el Espíritu Santo vino sobre todos los que oían el discurso de manera semejante al día de Pentecostés. Pedro y sus acompañantes quedaron maravillados de que los gentiles también recibieran el don del Espíritu y les bautizaron en el nombre del Señor.

El capítulo 16 nos relata brevemente la conversión de Lidia, una vendedora de púrpura. En este caso se nos permite ver de cerca la dinámica espiritual interna de su conversión. La Biblia afirma que “el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta

a lo que Pablo decía” (v.14). Como consecuencia de esto, creyó y fue bautizada con su familia. Enseguida, ofreció su casa para hospedar al apóstol Pablo y sus acompañantes.

En el mismo capítulo también encontramos la historia del carcelero de Filipos. Pablo y Silas habían sido azotados y apresados injustificadamente, pero aun así se encontraban cantando himnos a Dios en la cárcel. De pronto vino un terremoto que abrió las rejas y las puertas de la cárcel. El carcelero, pensando que los presos habían huido, sacó su espada e intentaba suicidarse. Pablo intervino para que no atentara contra su vida. El carcelero, inmediatamente hizo esta pregunta postrándose a los pies de Pablo: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (v.30). El apóstol le indicó que la única manera era la fe en el Señor Jesucristo. El carcelero creyó y fue bautizado con toda su familia.

¿Qué tienen en común estas conversiones?

Primero, en los casos del etiope, de Cornelio y Lidia vemos claramente una obra previa del Espíritu Santo. Se observa que la conversión no se dio de la nada, sino hubo todo un contexto antecedente en el que Espíritu Santo estaba obrando para que ellos pudieran responder al evangelio.

Segundo, el centro del mensaje consistía en presentar a Jesucristo en su muerte, resurrección y ascensión, haciendo un llamado al arrepentimiento y la fe en él como el Señor. No se trataba de una oración ritualista para “aceptar a Cristo”, sino en un cambio radical de dirección (arrepentimiento) para convertirse en discípulo de Jesucristo (fe).

Tercero, en todos los casos, vemos claramente una respuesta positiva sin presiones ni manipulaciones. El evangelio es presentado con claridad y fidelidad, y las personas responden de una forma totalmente voluntaria. Ni siquiera el evangelista tiene que insistir para que crean en Jesucristo, sino son las personas mismas quienes responden, tomando la iniciativa con un sentido de urgencia. Qué contrastantes son estas escenas con las que vemos ocurrir en muchos llamamientos a “aceptar a Cristo” en las campañas evangelísticas, en donde a veces, se valen de técnicas de manipulación, presión o se juega con los sentimientos, con tal de que las personas pasen al frente y hagan la oración mencionada.

Pautas para un Evangelismo Reformado

Como vemos, estas observaciones del libro de los Hechos coinciden con los conceptos reformados de la conversión y el nuevo nacimiento. La obra del Espíritu Santo se nota contundente en la conversión de las personas. Por lo tanto, nuestra práctica evangelística debe estar dirigida y cimentada en estas verdades bíblicas. A continuación, se esbozan algunas sugerencias prácticas para llegar a un evangelismo reformado:

1. El mensaje de nuestro evangelismo debe estar centrado en Cristo. La centralidad de su muerte, resurrección y ascensión son esenciales para un evangelismo reformado. Es triste escuchar mensajes evangelísticos que ni siquiera mencionan el sacrificio de Cristo, la necesidad del arrepentimiento de los pecados y la fe en él. Se basan en menciones generales de la necesidad humana, del sufrimiento, del vacío, de la esclavitud del alma y cosas semejantes; para luego decir que Jesús es la respuesta

para toda esta miseria humana. Sin embargo, pasan por alto y sin mención, la obra redentora de Jesucristo y la necesidad de responder con arrepentimiento y fe. Por medio de recursos manipuladores y sensacionalistas, logran que los oyentes levanten la mano o pasen al frente para repetir una oración. Debemos alejarnos de toda práctica evangelística que no ofrezca el verdadero evangelio, el único que realmente puede transformar vidas y no sólo fabricar “conversiones”.

2. El llamamiento que hagamos no debe ser en términos de “aceptación de Cristo”, sino en términos de arrepentimiento y fe en Jesucristo. Es decir, no se trata de hacer sólo una oración de “aceptación”, sino de negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz; de volvernos discípulos de Jesucristo por medio del arrepentimiento de nuestros pecados y de recibir gratuitamente la gracia de Dios en Cristo por medio de la fe. Jesús nos llamó a hacer discípulos. Por lo tanto, el evangelismo reformado no se trata de lograr que la gente haga una oración, sino que la gente se convierta en un discípulo de Jesucristo.
3. Puesto que Dios es quien obra previamente en las personas, el evangelismo reformado no tiene porqué ser agresivo y manipulador para que la gente haga la oración. Los que Dios llama en verdad, responden al evangelio voluntariamente, sin presiones ni manipulaciones. Por lo tanto, nuestro deber es compartir las buenas noticias e invitar a las personas a reconciliarse con Dios, pero nunca a base de hostigarlos, amenazarlos, presionarlos o manipularlos. Responden a la invitación de una manera espontánea y con un sentido de urgencia porque la venda ha sido retirada de sus ojos y sus corazones tienen nueva vida originada por el Espíritu Santo.
4. En la práctica, notaremos que la conversión de las personas por medio del evangelismo reformado, a la vista del ojo humano, es más bien un proceso que un solo evento. Es decir, la persona comienza a acercarse paulatina y progresivamente al entendimiento del evangelio. Dios, a través de diversos medios, va conduciendo a la persona hacia un punto en el que ella se somete al Señorío de Jesucristo por medio de la fe. En el evangelismo reformado es difícil saber el momento exacto en que la persona fue justificada, por lo cual es irrelevante tratar de tener una fecha específica de conversión. No obstante, la conversión se hace evidente para los demás por los cambios observados en la vida del nuevo discípulo y para él mismo, porque recibe el testimonio interno del Espíritu Santo que le convence de su posición como hijo o hija de Dios.
5. En el evangelismo reformado lo que se llama comúnmente “evangelismo” y “discipulado” son partes inseparables de un mismo proceso. La gran comisión se cumple cuando hacemos discípulos. Por lo tanto, no podemos estar satisfechos con sólo tirar balas evangelísticas al aire, sino apuntarlas específicamente con la finalidad de hacer discípulos. No debemos conformarnos con simplemente hablar de Cristo a las personas, sino nuestro objetivo siempre debe ser lograr nuevos discípulos para Cristo. Esto conlleva de nuestra parte oración, paciencia, perseverancia, sacrificio, sabiduría, testimonio, claridad en el mensaje y relación con las personas que deseamos ver como discípulos de Jesucristo. No se trata sólo de pasar un momento,

un rato o un evento en esta tarea. Se trata de entregar nuestra vida con tal de establecer un discípulo más para Jesucristo.

Conclusión

Cuando el verdadero evangelio es predicado, no se necesita la presión ni la manipulación sobre las personas para que respondan positivamente. El evangelio es el poder de Dios para salvación y los que responden positivamente lo hacen por una obra interna del Espíritu Santo, mostrando un sentido de urgencia por abrazar las grandes promesas de la gracia de Dios en Cristo. Dejemos las estrategias humanas para alcanzar conversos y practiquemos el evangelismo bíblico para establecer nuevos discípulos de nuestro Señor Jesucristo.